Kiosko y Más - Territorios - 23 nov. 2013 - Page #5 http://lector.kioskoymas.com/epaper/services/OnlinePrintHandler.ashx?...

El fin de un imperio

Austria en el último tramo de la Gran Guerra, un alférez consigue un estandarte histórico...

:: J. ERNESTO AYALA-DIP

Las vicisitudes históricas, políticas y sociales del antiguo imperio Austro-húngaro generaron un buen conjunto de excelentes novelas. No hay más que nombrar a Joseph Roth, Von Rezzori o Robert Musil para configurar un territorio acotado sobre el tema. Pero hete aquí que ahora tenemos otro autor que se suma a la excelencia del elenco citado. Se trata del escritor austriaco Alexander Lernet-Holenia (1897-1976) que en 1933 publica una obra que no dudo en calificar de referencia en la materia austriaca: se trata de 'El estandarte'.



EL ESTANDARTE

Autor: Alexander Lernet-Holenia. Trad. A. Reny/ E. Martín. Novela. Editorial: Libros del Asteroide. 334 páginas. Barcelona, 2013. Precio: 19,95 euros

La novela recrea los tramos finales de la Primera Guerra Mundial en su zona este. Escrita en primera persona, su narrador nos traslada hasta la ciudad de Belgrado. Es el narrador un alférez en un regimiento que opera en uno de los frentes. En un momento de una operación militar, nuestro narrador se hace con un estandarte (el que da título al relato), símbolo de batallas anteriores (tal es su antigüedad) y símbolo de un honor que hay que salvar cueste lo que cueste.

Lo que sorprende de esta novela es la inteligencia compositiva de su autor para ensamblar en un solo relato dos realidades paralelas: el transcurso final de la guerra y, a la vez, el derrumbamiento del Imperio. Lernet-Holenia incrusta en pleno relato guerrero asuntos que parecen sacados de una novela decimonónica. Tal anacronismo es absolutamente irónico: por ejemplo, cuando vemos que nuestro narrador y protagonista asiste como oficial del ejército imperial acompañado de su sirviente. Que esas escenas nos remitan a una visualización de la estratificación social de la nobleza austriaca no deja de ser un hallazgo de nuestro autor, sobre todo si la vemos asociada al uso de teléfonos y regimientos de ametralladoras.

La guerra está a punto de finalizar y junto con ella el imperio Austro-húngaro. Estamos en el inicio de la nueva Europa. Los cincuenta millones que conformaban el territorio imperial se dividen en poblaciones nacionales con nuevos estados. El joven alférez que nos cuenta su historia se hace la siguiente pregunta: «¿Qué había ocurrido para que el mundo cambiara de tal modo? ¿Pero acaso había cambiado? Seguía teniendo el mismo aspecto de siempre, los campos, las casas, el cielo y la luna eran como antes, pero algo detrás de las cosas había cambiado; lo visible permanecía igual, pero lo invisible era distinto; en el interior de las gentes el mundo cambiaba, se disolvía, se hundía».

Haruki Murakami y la mistificación maliciosa

En su nueva novela, el escritor japonés presenta a un personaje marcado por un estigma juvenil y por un sino que relaciona con su apellido

NOVELA





LOS AÑOS DE PEREGRINACIÓN DEL CHICO SIN COLOR

Autor: Haruki Murakami. Trad. Gabriel Álvarez. Novela. Editorial: Tusquets. 324 páginas. Barcelona, 2013. Precio: 18 euros

Cuando cae en nuestras manos la novela de un autor mundialmente conocido y con una larga producción a sus espaldas, ya no estamos sólo ante una novela sino ante una entrega más de su mundo personal. Digamos que ese libro pierde cierta independencia como «objeto a criticar» y, con frecuencia, el propio escritor contribuye en alguna medida a ese hecho incurriendo en eso que denominamos con la expresión de «plagiarse a sí mismo». Leemos, en fin, esa obra para reconocer las viejas claves, los tópicos, los rasgos de estilo, las maneras, los tics, los defectos incluso de ese novelista.

Haruki Murakami es un escritor que se presta muy especialmente a ese tipo de relación con el lector por varias razones, entre ellas porque es un escritor de eso: de claves y de constantes que se repiten. A ese factor hay que añadir el ingrediente exótico e irracional que salpica todos sus trabajos y que invita a esa clase de lectura «acrítica» también de una forma particular. Con su universo personal sucede como con el de García Márquez, quien no me viene a la cabeza por casualidad sino porque comparte con Murakami precisamente la mezcla de exotismo e irracionalismo que lleva la etiqueta de 'realismo mágico' y que posee siempre un cierto poder anonadante. A esos dos factores es preciso añadir un tercero: pese a tener un reconocimiento internacional merecido, Murakami nunca ha acabado de escribir la novela perfecta, la obra maestra, el libro redondo, sino que siempre reincide en ofrecer en sus textos un punto de fuga que le sustrae la comprensión total al lector de lo que ha sucedido en sus argumentos y que lo deja entre admirado y desconcertado, entre agradecido e insatisfecho, como si acabara de asistir a un espectáculo de magia.

Todo esto tiene mucho que ver con los propios logros de Murakami; con lo que él significa en el panorama de las letras occidentales y en el de su país. Murakami ni se erige en defensor de la tradición nipona ni es alguien que sienta la nostalgia del exiliado de ésta. No está en la onda de Mishima. Sus personajes son modernos y pertenecientes al Japón posterior a la Segunda Guerra Mundial. En su obra esta asumido todo el legado occidental desde Orwell hasta Carver, desde la cultura de masas a la alta cultura, pero, por otro lado, tampoco hay en ella una ruptura radical con el pasado sino más bien una integración racionalizadora de la sensibilidad y la sensualidad japonesas a la vez que una maliciosa mistificación, orientalización o 'japonesización' de los referentes de ese legado occidental de tal modo que quede siempre abierta una ventana hacia lo inenarrable.

Esto es lo que sucede, en 'Los años de peregrinación del chico sin color', con la causa por la que su protagonista, Tsukuru Tazaki, fue segregado, en la época en que rondaba la veintena y estudiaba en la universidad, por el grupo de amigos que había tenido desde la adolescencia. En torno a ese enigma, que el héroe de la historia tratará de descifrar dieciséis años después y cuando ve cumplido su viejo sueño de trabajar como ingeniero en el diseño y construcción de estaciones de ferrocarril. Todas las reminiscencias que hoy subyacen en el corazón y en el carácter japoneses afloran en torno a aquel doloroso y traumático capítulo de juventud integrándose en el presente.

El fiel sentido de pertenencia a una comunidad es el que marcó a aquellos jóvenes que no imaginaban un destino fuera de Nagoya, su ciudad natal, y que tenían un pacto que excluía toda relación amorosa con el objetivo de preservar la unidad y cohesión de la pandilla. Pacto que Tsukuru había respetado renunciando a Shiro, la chica de la que estaba enamorado y que moriría en raras circunstancias.



Murakami por las calles de Kioto. :: AFP

Otro aspecto tradicional que concita ese episodio juvenil es el de la contemplación del suicidio como una solución digna a la desdicha. Tsukuru piensa en poner en práctica esa solución frente a su desgracia aunque, por suerte, sobrevive a tal llamada atávica y se comporta como un joven de hoy.

Hay dos aspectos más que se suman a los citados: el de la vergüenza muy especialmente arraigado en su cultura y que es la que le impidió a Tsukuru en su día averiguar el motivo que les llevó a sus amigos a segregarlo y el de un fátum que flota en toda la vida del personaje; que está escrito en su apellido y al que hace actuar como agente veraz de esta subyugante novela el Murakami de siempre.

Printed and distributed by NewspaperDirect
www.newspaperdirect.com US/Can: 1.877.980.4040 Intern.: 800.6364.6364
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW